



Rodrigo Guijarro Lasheras, *Jardín y laberinto. La flor en el imaginario decadente*, Oviedo, Departamento de Filología Española de la Universidad de Oviedo, 2015, col. Biblioteca de Filología Hispánica, Series Minor, n.º 15, 155 págs.

El trabajo que nos ocupa, primera monografía publicada por Rodrigo Guijarro Lasheras, y decimoquinta entrega de las Series Minor de la colección del Departamento de Filología Española de la Universidad de Oviedo, responde a dos diferentes dimensiones, ambas sin la menor duda destacables. *Jardín y laberinto* es, en primer lugar, tal y como su subtítulo precisa, una novedosa aportación, en el marco del comparatismo, al estudio de «La flor en el imaginario decadente», asunto este que, pese a su relevancia, no había sido aún abordado sistemáticamente. Pero, además, el recorrido que se propone es, por completo y bien organizado, toda una aproximación de conjunto al decadentismo, en sus múltiples facetas, hasta hacer de esta obra una idónea puerta de entrada al conocimiento de la materia. Así las cosas, este libro, aun sin proponérselo de forma explícita, logra concitar la especificidad y el grado de detalle de la investigación con la visión de conjunto y la accesibilidad del manual, lo que es, a nuestro parecer, un importante valor añadido.

Es el propio Guijarro quien nos ofrece en su muy ajustada «Introducción» (págs. 13-18) el mejor resumen posible del libro —y tiene la deferencia con el lector de concentrar lo más granado de su argumentación en unas precisas «Conclusiones» (págs. 141-146)—: el primer capítulo, dedicado a aspectos liminares, traza un informado estado de la cuestión y encara la definición de los diferentes conceptos que la monografía barajará; el capítulo segundo estudia la relación de la flor con el mal; y el tercero hace lo propio con la belleza; a continuación, el capítulo cuarto aborda la identificación de la flor con la mujer fatal —en que Guijarro propone una original división secuencial según tres grados de identificación—; y, el quinto se detiene en la tipificación de la flor en tanto que manifestación de exotismo; el sexto y último, finalmente, trata de mostrar la relevancia que el «motivo floral» adquiere en «el que quizá sea el principio poético más característico del fin de siglo: la idea de las correspondencias entre distintos elementos pertenecientes a campos perceptivos en apariencia muy distantes». Esta división, limpia y bien planteada, favorece un proceder argumentativo presidido por el principio de claridad. Los distintos motivos son constantemente concretados mediante multitud de ejemplos, que el autor ha sabido graduar e interrelacionar. Condice con esta matizada visión el nutrido corpus de obras con que Guijarro trabaja: hasta una cincuentena (sistemáticamente indexadas en las págs. 147-150), que demuestra conocer incluso en sus más sutiles pormenores —lo que permite al autor trazar ricos paralelos o advertir pasadizos ocultos, de forma que los textos se iluminen entre sí—, y que van de los maestros fundamentales de la corriente (los

Baudelaire, Barbey, Huysmans, Villiers, Wilde), sin olvidar a los hitos españoles (Hoyos, Retana, Valle) y que incluso incluyen obras mucho menos conocidas pero igualmente pertinentes para el análisis, caso de determinados textos periodísticos de Darío o una poco conocida pieza teatral del primer Pérez de Ayala (págs. 77-78). De esta forma, las observaciones de Guijarro sirven lo mismo a la interpretación de «la flor en el imaginario decadente» que a la de las propias obras de que esta se nutre, y, así, no deberían perderse de vista, por citar solo un caso, sus observaciones sobre la exégesis de *El retrato de Dorian Gray*, diseminadas aquí y allá pero especialmente concentradas en las págs. 60-63.

Por pasar ahora a la segunda dimensión de *Jardín y laberinto* que hemos enunciado, esto es, la visión general del movimiento decadentista que manifiesta, ya por cierto insinuada en el índice de la obra, resulta destacable cómo Guijarro ha sabido atender, en apretada pero cumplida síntesis, las múltiples caras que una corriente tan rica y abierta nos ofrece, sin perder de vista aspectos como la atracción por el mal (págs. 35-36) o lo monstruoso (págs. 37-38), la asimilación de Eros y Tánatos (pág. 42), la irrupción de lo demoníaco (pág. 48), la subversión de la moral y los valores tradiciones (pág. 55), la figura del dandi (pág. 64), los paraísos artificiales (págs. 81-82), el misticismo más o menos cristiano (pág. 83-86) o, por acabar ya la enumeración, el orientalismo (pág. 115), lo que, como se echa de ver, hace de esta monografía una satisfactoria vía de aproximación al estudio de la corriente incluso para alumnos y lectores curiosos en general.

Además, si destacable es el repertorio de obras literarias que el autor ha tomado como base de su estudio, no lo es menos el conjunto de hasta 28 ilustraciones que, salpicadas a lo largo del libro, ofrecen el necesario complemento visual de los diferentes temas tratados: así las cosas, *Jardín y laberinto* es, a su modo, un informado repaso por la pintura decadentista e incluso por las peculiaridades gráficas de la imprenta del momento, cuyos usos son asimismo objeto de muy sugerentes reflexiones (ilustraciones de cubiertas y portadas, o motivos ornamentales que decoran las páginas de algunos de los libros analizados, son puestos en relación con el contenido de las propias obras). Tanta es la relevancia que las láminas llegan a alcanzar, que quizá hubiera sido de utilidad añadir un índice específico que las relacionara.

En todo caso, el cuidado en la selección y comentario de las imágenes es solidario del rigor constante que preside la monografía, incluso en sus más pequeños detalles. Si ya hemos encarecido la claridad en la organización de la obra, y si acaso resulta gratuito anotar que el estilo del autor se nos antoja irreprochable, no nos parece superfluo llamar la atención sobre la acertada selección de las citas que encabezan cada capítulo, y que en algún caso llevan incluso al diálogo directo con el propio discurso de Guijarro (pág. 141).

Si acaso, hemos echado de menos algún tipo de valoración de corte diacrónico, que sí es cierto que se apunta en la pág. 142: nos referimos al modo en que se puede decir que evolucionó el motivo de la flor «en el imaginario decadente», que el autor contempla de forma más bien estática, obligado, desde luego, por razones de espacio (pág. 17). Análogamente, acaso un purista pudiera mostrarse en desacuerdo con que se trabaje con traducciones y no con los textos originales. Sin embargo, sea como fuere, no cabe duda de que Guijarro trama una envidiable «red muy culturizada de motivos e ideas» y que con sobresaliente nitidez logra

reconstruir, a partir de un mosaico de referencias que en otras manos hubieran llevado al fragmentarismo o a la mera yuxtaposición de citas, la aparición de un tópico y sus perfiles más gruesos y finos. En conclusión, sucinta y claramente, Rodrigo Guijarro ha escrito un libro de indudable pertinencia que acierta a explicarnos por fin la clave que encierra nada menos que lo que él mismo ha llamado el «primer lexema del decadentismo», a saber: *Las flores del mal*. Si el mérito de estos logros resulta incontestable, da la medida del valor de esta monografía la pregunta que el lector se plantea una vez cerrado el libro: ¿cómo es posible que nadie hasta ahora hubiera reparado en la trascendencia de este tema de estudio y lo hubiera abordado mucho antes?

Rodrigo Olay Valdés
Departamento de Filología Española,
Universidad de Oviedo
olayrodrigo@uniovi.es